

Goldemberg, Isaac: *La vida a plazos de don Jacobo Lerner*, New York, Ediciones del Norte, 1980 (2da. ed.).

La sociedad peruana al igual que otras de América Latina produce una "cultura nacional" resultado de un sinnúmero de elementos heterogéneos, en la que la superposición en diversas proporciones de la cultura occidental-española sobre la cultura nativa trajo consigo un prolongado enfrentamiento debido a que no se llevó a cabo una fusión completa. El mestizaje que inevitablemente surgió de esta superposición no logró desprenderse de la influencia de los modelos occidentales impuestos desde el momento mismo de la conquista. Lejos de las ciudades, otros grupos mantienen aún una cultura andina tradicional, considerada por algunos como sub-culturas en relación a la cultura oficial dominante. Paralelo a todo este espectro cultural, se advierte la presencia de otros grupos menores pero portadores también de horizontes culturales diversos. Nos referimos a aquellos cuyos integrantes pueden ser diferenciados étnica y culturalmente (judíos, negros, chinos, etc.; a las llamadas minorías étnicas, que en la condición de inmigrantes voluntarios o forzados se enfrentan a una propuesta cultura que no es la suya y a la cual deben adaptarse por necesidad, lo que no impide que la mayoría de ellas mantengan su patrimonio cultural.

La variedad de elementos que coadyuvan a la formación de una "cultura nacional" constituye la pluralidad de rostros internos que cada país posee. Comprender cada uno de ellos permitirá una posterior reflexión que cuestione la falsa imagen de unidad en la cultura nacional, planteando en cambio, la presencia concreta de una multiplicidad cultural que sería lo característico en un país como el nuestro.

Los sectores que hemos aludido como minorías étnicas han comenzado a ingresar a la narrativa latinoamericana y peruana. Es el caso de *La vida a plazos de don Jacobo Lerner* que presenta la formación de la colectividad judía en el Perú a comienzos de siglo. Su autor Isaac Goldemberg parte del Perú a los 17 años radicándose en Nueva York, donde escribe esta su primera novela que le ha valido una rápida aceptación del público lector.

De una manera genérica podemos agrupar a los narradores bajo dos actitudes: los que utilizan un complejo aparato formal y conciben su quehacer como trabajo de com-

posición, y aquellos que vinculan su producción a una línea narrativa más "natural", si cabe la palabra, en la que prima la frescura de los relatos orales sobre la complicación de las técnicas. Goldemberg creemos que participa de ambas, logrando una síntesis que contiene tanto la fluidez del lenguaje como la ausencia del uso de técnicas por sí mismas, salvo en la medida de su funcionalidad, lo que nos remite a un juicio de Bosch: "el mejor lenguaje literario es el que más conviene a los fines de una expresión particular". Una obra narrativa no sólo está conformada por los elementos que contienen referencias a una realidad sino por la visión que los ordena; en este caso, el proyecto es descubrir la condición en que vive un sector de la sociedad peruana. Esta perspectiva condiciona el desarrollo del texto cuyo objetivo es un develamiento basado en la compenetración y creación de caracteres representativos del mundo judío. Sin detenernos en el nivel de verosimilitud psicológica advertimos el marco histórico de la trama, uno de los períodos más característicos de la historia republicana del Perú; nos referimos al gobierno de A. Leguía, cuya dictadura (oncenio) propició una mayor dependencia hacia los países capitalistas que reafirmó nuestro status de colonia en diversos órdenes: económico, político, ideológico y cultural.

La historia se inicia sin misterios. Las primeras líneas nos exponen la suerte del protagonista y el desarrollo posterior es una suerte de racconto bien caracterizado en el inventario del primer párrafo y que en cierta manera resume toda la novela:

La noche antes de morir, Jacobo Lerner pensó que su muerte originaría leves catástrofes. Se imaginó a su cuñada consumida con el pasar del tiempo por penas de amor. A su hermano Moisés en Bancarrota, abandonado por su hijo, solicitando ayuda de amigos que para entonces ya no existirían. A su querida, doña Juana Paredes Ulloa, vilipendiada por propios y extraños por no haber sabido sacar mejor provecho de sus relaciones amorosas. A la hermana de su cuñada, Miriam Abramowitz, sumamente arrepentida de no haber contraído nupcias con el pobre difunto. A su hijo Efraín con la desagradable tarea de conocer a su padre por bocas ajenas. A la madre de Efraín, que seguía viviendo en el pueblo donde la conoció, víctima de los improperios de su padre por no haberse casado con el judío cuando aún era posible.

En este discurrir hacia el pasado se intercalan continuos regresos al presente narrativo. De una manera pendular cada monólogo torna a contar desde otra perspectiva la misma historia, que si bien es reiterativa revela la intención del autor de no dejar fisuras en la estructuración del mundo representado. Aunque todos los personajes se relacionan de una u otra manera con Jacobo Lerner, podemos deslindar dos historias de acuerdo al universo al que apuntan; es decir, por un lado el mundo judío con la específica historia de Jacobo Lerner (H. 1) y por otro, el mundo no-judío en la historia de la familia Wilson Alvarado (H.2). De los 21 capítulos, 15 de ellos se ocupan de J. Lerner (H.1), 10 son desarrollados por el narrador y los demás son cubiertos por los monólogos de otros personajes. Ciertamente con este procedimiento se complejiza la individualidad de J. Lerner pero con él se enriquece indudablemente la visión del mundo judío. Los 6 monólogos o capítulos restantes construyen la vida en Chapén de los Wilson Alvarado (H.2) y a través de un fluir afiebrado, caótico y por momentos desequilibrado nos proyecta las ambiciones y fracasos de una familia de la burguesía provinciana.

Con respecto a la Historia 1 queremos señalar que la intención de construir un gran fresco sobre la vida de los judíos en el Perú se presenta en diferentes perspectivas, una encarnada en J. Lerner, quien asume la representatividad de aquellos que sostienen una privacidad obstinada, cuya adaptación cultural se da en la medida de lo necesario, pues mantienen vigente sus costumbres, su religión y la conciencia permanente de ser distintos, lo que perfila claramente sus deseos:

Quería casarse con una judía, tener varios hijos, vivir en la capital rodeado de todas las comodidades que pudiera brindarle el dinero, frecuentar la sinagoga con sus amigos, conmemorar en unión de su familia las fiestas religiosas y asistir a la bar mitzva de sus hijos. Estos valores los recluyen en sus tradiciones, en un culto que desvaloriza las relaciones fuera de su círculo. Así observamos que Jacobo Lerner apenas siente remordimientos por la seducción de Virginia y el abandono de su hijo, ni por su querida a quien no deja ingresar a su casa, tampoco por dedicarse a la administración de burdeles. Nada afecta lo esencial que ya ha sido quebrado, y al igual que León Mitrani que vive en Chapén temiendo que en cualquier momento le alcancen las razzias, siente un

gran desconcierto ante lo que lo rodea.

Desarraigo lógico de quienes huyen de su mundo fracturado e intentan reconstruirlo en otro lugar. Pero no es ésta la única opción ya que en sendas intervenciones surge la figura de Samuel Edelman, personaje que ocupa un lugar destacado en la comunidad al dirigir la revista *Alma hebrea*. Es el "intelectual" que se aleja al advertir la artificialidad en la vida de sus paisanos. Representa la integración al medio en el que elige vivir, ya que se casa y forma un hogar con una mujer no judía, trabajando modestamente lejos de la capital, desdiciendo los patrones de conducta de los demás miembros de la colectividad. Aunque esta última actitud es la más sensata, no quiere decir que se enfrente a sus paisanos sino que asume la función de conciencia crítica, que sin embargo respeta y comparte lazos fundamentales como la religión.

Ir sinagoga es muy bien cuando uno cree en esas cosas, pero señoras van sólo lucir joyas y maridos hablar negocios, la Felisa dejó vaya a iglesia rece sus santos todo le da la gana, pero no en frente niños, que quieren sean judíos, otra forma da mismo vivir a quié que en Lima, porque Lima ambiente judío no tiene nada.

Curiosamente Edelman se expresa en un lenguaje que refleja una quiebra de sintaxis, común en aquellos que no dominan el castellano. Su intervención es la única con tal característica y este deseo de otorgarle ese efecto "realista" nos puede llevar a suponer que en el fondo es el judío más íntegro y que por lo tanto es la opción propuesta por el autor.

En cuanto a la Historia 2, el monólogo conductor es el de Efraín, hijo natural de J. Lerner y Virginia Wilson. Él nos revela costumbres, ambiciones y mezquindades de un pequeño pueblo de provincia y el desmoronamiento de la familia Wilson entroncada con el capital inglés del siglo pasado y con la oligarquía terrateniente española. Basta algunos trazos para presentar a los miembros de la familia:

La tía Francisca debe ser la única santa en la familia porque mis otras tías son unas perdidas que ya no van a misa y hace años que ya ni se confiesan. Mi tía Irma se escapó el año pasado con un sargento de la Guardia Republicana, que le sonaban las espuelas cuando venía a visitarla los domingos y dice la abuela que viven amancebados en Pacasmayo y que se van a quemar en el infierno. Beatriz y Lucinda son menores que la Vir-

ginia y se desaparecen todo el día y por la noche vuelven a casa todas borrachas, con el pelo revolcado y el vestido que parece papel celofán apachurrado.

Cada miembro de los Wilson se convierte en una víctima del medio familiar y social, que los humilla, hundiéndolos en estados demenciales o en inercias estériles. A medida que la familia se hunde social, económica y moralmente, Efraín va perdiendo lucidez para terminar en una incorporeidad, con la que apenas reconoce el estado deprimente de su familia. La construcción de este personaje es uno de los logros más destacados de esta novela.

Goldemberg ha trabajado además otros elementos que enriquecen los niveles referenciales, como la inserción de secciones como Crónicas y la revista *Alma hebrea*. La primera corre paralela al período que abarca la novela (1923-1935) y presenta acontecimientos de la Historia del Perú (Deseo de consagrar el Perú al Corazón de Jesús - Reelección de Leguía - Rebelión de Sánchez Cerro - Conflicto Perú-Colombia). Llama la atención que estas informaciones ocupen un reducido espacio y que en la misma sección aparezcan detalles sobre la vida de la colectividad judía. Con este recurso se ha rescatado un contexto histórico necesario pero que es utilizado para introducir una pátina histórica que recubrirá de verosimilitud los demás detalles, que en este vaso corresponden al mundo judío. *Alma hebrea* es más explícita en páginas de una supuesta revista y en secciones como "Sobre los judíos en el Perú", "Página médica" "Avisos culturales", y si aún agregamos que se incluye un "Manual del Perfecto Judío", veremos como se nos despliega la variedad y vitalidad de la colonia judía de la época.

Habría que recalcar antes de finalizar las dificultades que encuentran los escritores de doble identidad cultural pues las vivencias originadas en un determinado contexto deben ser vaciadas a un lenguaje que en su estructura porta una diferente visión del mundo. Goldemberg, judío peruano, debió enfrentarse a este problema y lo ha resuelto satisfactoriamente. Las declaraciones de haber querido dar "una visión crítica de cierto momento en la vida judía en el Perú", creemos que han sido conseguidas eficazmente.

ESTHER CASTAÑEDA

Eduardo Gonzalez Viaña. *¡Habla Sampedro: llama a los brujos!*, Barcelona, Argos Vergara, 1979.

Paradójicamente, conforme se evidencia la creciente rapidez del proceso de integración que viene gozando y/o sufriendo la sociedad peruana, se evidencia también la densa y multiforme complejidad cultural que subyace en un país que contiene, como decía José María Arguedas, "todas las patrias". Es claro que esta pluralidad de culturas está siendo afectada por la homogenización de un sistema capitalista moderno, pero mientras sus efectos no sean irreversibles —y hay que esperar que no lo sean— quedan vastos sectores que se aferran a sus identidades culturales y las defienden inclusive con más reciedumbre que antes: no en vano se sienten amenazados ahora, en los últimos años, de manera frontal, directa y definitiva.

La literatura peruana, en especial la narrativa, viene dando razón de estos acontecimientos socio-culturales. Uno de los resultados de esta tarea, tal vez el más interesante por lo novedoso, consiste en la aparición de obras que se insertan en una tentativa testimonial o reivindicativa de sistemas de cultura ajenos al tradicional espacio de este tipo de literatura: el espacio indígena, fundamentalmente quechua y a veces, con mucha menor frecuencia, aymara. Ahora los ámbitos de esta tarea se han multiplicado abarcando desde las comunidades amazónicas, recién descubiertas como productoras de una literatura espléndida, obviamente enraizada en cosmovisiones peculiares, hasta los grupos negros o mulatos de la costa. No es casual que una de las novelas más importantes de los últimos años: *Canto de sirena* (1977) de Gregorio Martínez, pueda y deba leerse como expresión, pero también "traducción", del casi siempre desapercibido mundo de los grupos campesinos de origen negro asentados en la costa sur del Perú.

Esta veta literaria, por lo demás tan cercana al trabajo antropológico, se enriquece ahora abriendo otro frente con el último libro de González Viaña (1941). Autor de dos notables libros de cuentos (*Los peces muertos*, 1964: *Batalla de Felipe en la casa de palomas*, 1970), González Viaña ensaya con *¡Habla, Sampedro: llama a los brujos!*, el camino de la narrativa testimonial o de no ficción. En términos del itinerario personal del escritor esta experiencia supone un cambio excepcionalmente agudo. Hasta